

GAIL CARSON LEVINE

Autora de *El mundo encantado de Ella*

# DOS PRINCESAS SIN MIEDO



Adelina y Meryl, las dos princesas del reino de Bamarre, viven sin preocupaciones en un hermoso castillo y sus únicas aventuras son las que leen o sueñan. Pero la desgracia acecha... Meryl cae enferma y nadie conoce la cura de su misterioso mal. A pesar de los buenos propósitos de todos, en la corte nadie parece muy capacitado para emprender un peligroso viaje en busca de un remedio. Adelina no es valiente, ni fuerte, ni demasiado intrépida, pero daría la vida por su hermana. Pese al miedo que le inspira lo desconocido, se lanza sola a esa aventura incierta, adentrándose en un mundo asombroso repleto de peligrosos dragones, ogros, grifos y espectros. Gracias a la ayuda de algunos regalos mágicos y de su buen amigo Rhys, el aprendiz de brujo, la tímida princesa logrará superar pruebas difícilísimas y derrotar a los enemigos más fieros... e incluso descubrir el valor y la fuerza de los sentimientos...

Para Joan Ablove,  
mi compañera en este fantástico  
y alocado viaje.

Un millón de gracias.

## 1

*Desde una tierra yerma  
hasta un país agreste,  
de monstruos siempre plagado,  
el joven Drualdo condujo  
a una cuadrilla de astrosos.  
En los brazos acunaba  
al pequeño y tierno Bruce,  
que llegaría a ser rey,  
el primero de Bamarre.*

Así comienza *Drualdo*, poema épico sobre el héroe más célebre de Bamarre. Nadie sabía si las historias que refería eran verdaderas o si eran invención de un trovador que vivió en tiempos lejanos. Ni siquiera sabíamos si alguna vez había existido un hombre llamado Drualdo.

No importa. Representaba el ideal de Bamarre. Drualdo era fuerte y valiente. Además, tenía buen corazón y temperamento alegre. Luchó contra los monstruos de Bamarre — los ogros, grifos, espectros y dragones que aún infestan nuestra tierra— y ayudó a su monarca a fundar nuestro reino.

Por esos días Bamarre necesitaba un héroe, más que nunca. Cada año los monstruos mataban salvajemente a cientos de bamarros, y la Fiebre Gris segaba la vida de muchos más.

Yo no tenía un espíritu heroico. Lo que más anhelaba mi corazón era disfrutar de paz y seguridad. El mundo era un

lugar peligroso, impropio para personas como yo.

Una vez, cuando tenía cuatro años y estaba jugando en el patio del castillo, una sombra pasó sobre mí. Me puse a chillar, convencida de que se trataba de un grifo o un dragón. Meryl, mi hermana, corrió hacia mí y me rodeó con sus brazos, que apenas conseguían abarcarme.

—Se ha ido, Addie —me susurró—. Ahora está muy lejos. —Y me cantó con voz suave una estrofa del *Drualdo*:

*Paso a paso la esperanza  
surge después del valor.  
Arrastra todo peligro,  
fiando siempre en vencer.*

Me tranquilicé, arrullada por la voz de Meryl y su cálido aliento en mi oído.

Meryl era mi protectora, tan imprescindible para mí como el aire y la comida. Nuestra madre, la reina Daria, había sucumbido a la Fiebre Gris cuando yo contaba dos años y Meryl tres. Padre rara vez visitaba nuestro aposento. Bella, nuestra aya, nos daba consejos morales y nos reñía, mostrándonos de este modo su particular afecto.

Meryl me comprendía, pese a que éramos tan distintas como la noche y el día. Ella era rubia, y yo de tez morena. Su cuerpo era pequeño y recio, una reserva de energía concentrada. Yo siempre fui alta para mi edad, además de ágil, y siempre tuve una energía nerviosa y vibrante.

Meryl nunca se burlaba de mi timidez ni me tomaba el pelo por mi miedo a las arañas. Cuando veía una, me quedaba paralizada de terror, imaginando que correteaba por mi piel, que se metía en mi boca y en mis orejas, que me pasaba por encima de los ojos abiertos.

Sin embargo, ni una ni mil arañas podían asustar a Meryl. Si se topaba con una, sencillamente la recogía y la sacaba del castillo, pues ni ella ni yo deseábamos matarla.

De niña, a Meryl le encantaba representar escenas del *Drualdo* o de alguna obra teatral inventada en la que salvaba el reino. Nuestros juegos comenzaban en el mejor elemento de nuestro aposento: un carruaje en miniatura. Yo me sentaba en su interior, y Meryl en el asiento del cochero. Arreaba los caballos de madera con el látigo y nos poníamos en marcha. Viajábamos a los montes Eskern, morada de ogros y grifos, o al castillo de la reina de los elfos, que se alzaba a la orilla del océano Hauno, o al desierto del oeste, donde los dragones tenían sus guaridas, o al bosque de Mulí, poblado de espectros.

Ella me salvaba de dragones que escupían fuego y de ogros hambrientos. Cuando me tocaba el turno, pegaba un alarido de terror que no era del todo fingido, pero cuando podía me quedaba quieta para contemplar su interpretación; eso era lo que más me gustaba.

Su juego preferido era la aventura de la Fiebre Gris. Curiosamente, esto no me asustaba. La Fiebre Gris no era un monstruo ni una araña de aspecto escalofriante. Era invisible. Si llegara a contraerla, estaría en algún sitio dentro de mí, y aunque en el mundo exterior abundaban los peligros, conocía bien mi interior. Tenía la seguridad de que podría expulsar a cualquier intruso.

En el juego, yo siempre encarnaba a la víctima de la Fiebre Gris. Durante la primera fase de la enfermedad, la de la debilidad, intentaba levantar a mi muñeca *Prudence*, pero la encontraba demasiado pesada. La acariciaba con tristeza y echaba a andar hacia el raído sofá de nuestro cuarto, debilitándome progresivamente al caminar. Daba unos pasos, caía de rodillas y me ponía a gatear. Me arrastraba hasta el diván pero no conseguía reunir fuerzas suficientes para subirme a él.

Me dormía allí mismo, en el suelo. Unos instantes después abría los ojos y me levantaba, consumida por la fiebre. Corría hasta la chimenea para frotarme las mejillas con ceniza, pues el rostro de los enfermos siempre se tornaba

gris cuando el fin se aproximaba. Me ponía a tiritar e intentaba castañetear los dientes. Siempre me sentía ridícula y deseaba que Meryl representase el papel de enferma para mí, pues era una actriz nata.

Sin embargo, ella estaba demasiado ocupada luchando contra monstruos, consultando a brujos, escalando montañas y navegando por mares tempestuosos.

Mientras me estremecía, la observaba de reojo, pues no quería empezar a morirme hasta que ella estuviese lista para rescatarme. Cuando ella triunfaba y hallaba la cura, yo me desplomaba en el suelo. Entonces ella corría hacia mí, sosteniendo el remedio con ambas manos. Unas veces era un elixir en un cáliz de oro; otras era la pluma de un grifo, el diente de un dragón o incluso una simple piedra negra. Se arrodillaba junto a mí y susurraba: «Lo he encontrado, doncella. Viviréis». Me curaba y, acto seguido, me levantaba de un salto. Correteábamos por nuestro aposento, brincábamos alrededor del carruaje, aporreábamos la armadura de adorno y bailábamos de la mano en torno a la pequeña rueda.

Un día le pregunté a Meryl si creía que algún día se encontraría verdaderamente un remedio. Yo contaba nueve años entonces, y Meryl diez.

—Claro que lo encontrarán. ¿No has oído la historia del rey Wilardo y el espectro?

Sacudí la cabeza, y ella me guió hasta el trono que teníamos en nuestro aposento (una silla dorada). A continuación retrocedió para dirigirse a una muchedumbre imaginaria.

—Fieles súbditos, hermana menor, escuchad con atención el relato del rey Wilardo y el espectro. —Su voz se hizo más grave al pronunciar la palabra «espectro». El rey Wilardo fue el monarca más valeroso en la larga historia de Bamarre. —Y añadió, en tono desdeñoso—: Mucho más valeroso que padre. El rey Wilardo...

—¿Era tan valeroso como Drualdo?

—¿Osas interrumpirme? —me preguntó mi hermana con el ceño fruncido.

Solté una risita.

—Drualdo nunca reinó en Bamarre —explicó—. Era más valeroso que nadie, pero el rey Wilardo lo era casi tanto como él. Y ahora, proseguiré, si no tienes más preguntas fastidiosas que hacerme.

Solté otra risita.

—El rey Wilardo había salido solo de caza cuando topó con el espectro. El artero monstruo adoptó la apariencia de un escudero y le imploró que acudiese en socorro de su señor, que se hallaba rodeado por una cuadrilla de ogros.

Sentí un escalofrío al imaginarme a aquel joven que en realidad no lo era.

—Al rey le hirvió la sangre al oír aquello —continuó Meryl—, y ardía en deseos de rescatar a su súbdito fiel. «En pie, mozo —le indicó—, partamos enseguida». Más cuando el escudero espectral se hubo levantado, la aguda vista del rey se posó en las huellas de monstruo que dejaba el chico. «No eres un escudero —rugió el rey Wilardo—, sino un espectro vil, y te he descubierto. Ahora debes contestar a mi pregunta con la verdad». El rey ordenó al espectro que le revelase cuál era el remedio contra la Fiebre Gris. El espectro, incapaz de mentir, hubo de confesar que no lo sabía. Como el rey Wilardo aún tenía derecho a una respuesta, le preguntó si algún día se encontraría una cura. «Vuestros ojos no lo verán, oh poderoso rey —dijo el espectro con sorna—. No te he preguntado por mis ojos, monstruo —atronó el Rey—. Te he preguntado por Bamarre. ¿Se liberará algún día mi reino de esta pestilencia? ¿Encontrará alguien un remedio?». «Sí —asintió el espectro—. Alguien encontrará el remedio, pero... —La criatura se echó a reír— ... no hasta que los cobardes cobren valor y la lluvia caiga sobre todo el reino de Bamarre». El espectro se desvaneció, pero permaneció el eco de sus risotadas.

Me estremecí de nuevo.

—Y por ello sabemos que un día se encontrará un remedio. Todo gracias al valiente rey Wilardo. —Meryl hizo una reverencia.

Le aplaudí y descendí del trono.

—Nunca te marcharás en busca de ese remedio, ¿verdad? —le pregunté.

—Partiré en cuanto sea lo bastante fuerte para montar sobre un corcel y empuñar una espada.

¡De modo que se marcharía para no volver nunca más! Caería en las garras de un monstruo.

Meryl adoptó una pose heroica, con las piernas separadas, blandiendo una espada imaginaria.

—Encontraré ese remedio, y los caballeros acudirán en masa a mi lado. Acabaremos con los monstruos y salvaremos el reino de Bamarre. Entonces volveré a casa.

No, no volvería. Estaría muerta. De todas formas, me cuidé mucho de decírselo. En lugar de eso, le pregunté:

—¿Y qué haré yo mientras tú estés lejos?

—¡Vaya pregunta! —Bajó su espada imaginaria y sonrió—. Serás la esposa de un apuesto príncipe y la madre de una princesita que estará aprendiendo a hacer bordados tan hermosos como los que haces tú.

—¿Y si el príncipe aún no ha llegado para entonces —inquirí sin devolverle la sonrisa— o si no le gusto y él se va?

—Entonces vendrás conmigo.

—Ni hablar. Me daría mucho miedo, ya lo sabes.

—¡Vamos, Addie! —suspiró mi hermana con exasperación—. Pongamos que te digo que no me iré a ningún sitio hasta que estés felizmente casada. ¿Te parece bien eso?

—¿Lo juras?

—Juro que me quedaré en el castillo de Bamarre —dijo, apoyándose en una rodilla— hasta que la princesa Adelina se haya casado con su amor verdadero. Que mi espada se vuelva contra mí si quebranto este juramento.

—Gracias. —Me dejé caer sobre el suelo, experimentando un enorme alivio. Faltaban muchos, muchos años pa-

ra mi boda.

Se tumbó junto a mí y permanecemos tendidas un rato, contemplando el techo de madera.

—Si alguna vez pillo la Fiebre Gris no moriré, aunque no hayas encontrado el remedio todavía —le aseguré a mi hermana.

Meryl rodó sobre un costado para mirarme.

—¿Porqué no?

—Porque no me rendiría a ella. Cuando la enfermedad me produjera cansancio, fingiría que no estoy cansada. Cuando me diera sueño, permanecería despierta. Si a pesar de todo tuviese calentura, correría de un lado a otro para entrar en calor. Si me niego a obedecer las órdenes de la Fiebre Gris, lograré ahuyentarla.

—Yo haría una gran hazaña —afirmó Meryl poniéndose en pie con presteza—, como escalar un monte o capturar un ogro.

Me levanté también y me senté en el diván.

—No sé por qué se mueren.

—Yo tampoco sé por qué la gente se muere —dijo ella, sentándose también—, excepto cuando los achicharra un dragón o un valiente caballero los ensarta con una espada. —Reflexionó por un momento y se encogió de hombros—. ¿Sabes? Yo encontraré ese remedio.

Asentí con la cabeza.

—Pero aunque caiga enferma antes de eso, no sucumbiré a la muerte.

## 2

Cuando yo tenía doce años, Trina, mi doncella, contrajo la Fiebre Gris. Era la primera vez que yo veía de cerca a alguien aquejado de esa enfermedad. Cada año morían algunos moradores del castillo, pero yo apenas los conocía.

Antes de caer enferma, Trina arrancaba las mantas de mi cama por la mañana y las sacudía con fuerza. Era una mujer gruñona, de rasgos angulosos y gestos enérgicos.

Sin embargo, un día, amaneció sin fuerzas. Se llevó mis mantas, moviéndose como si nadase en almíbar.

Más tarde, Bella, nuestra aya, a cuyos oídos habían llegado los rumores que corrían por el castillo, nos contó a Meryl y a mí que varios elfos enfermeros cuidaban de Trina. Uno de ellos la había visto en un pasillo y se había fijado en su andar vacilante. Eso bastó para que el elfo supiese lo que le ocurría.

Yo no quería que Trina muriese. Había sido mi doncella desde que tenía tres años. Las mañanas no serían las mismas sin su mal humor. Le había cobrado mucho cariño, al igual que a la rutina establecida y a todos los elementos permanentes de mi vida.

Yo creía saber cómo vencer la Fiebre Gris, así que deseaba salvarla. Cuando terminaron nuestras clases con Bella, le rogué a Meryl que me acompañase a la alcoba de Trina, en la torre oeste. Trina la escucharía, porque Meryl era más persuasiva que yo.

—Iba a ejercitarme en el manejo de la espada —protestó Meryl con el entrecejo fruncido—. Tú puedes convencer a Trina tan bien como yo.

Sacudí la cabeza.

—Ella no...

—Es lo mejor. Después de todo, a ti te conoce más. —  
No obstante, al final accedió a venir conmigo.

Milton, un elfo enfermero, tejía sentado junto al lecho de Trina. Cuando llegamos, bajó de la silla y se inclinó sonriéndonos. A continuación se puso de puntillas para sentarse de nuevo. Era el elfo con quien más tratábamos. Nos atendía cuando estábamos resfriadas o nos dolía la garganta, desde que me alcanza la memoria.

—¡Salud, Trina! —dijo Meryl cruzando la habitación a grandes zancadas. Tomó asiento en una silla próxima a la chimenea.

Yo observé a Trina desde la puerta. Tenía el aspecto de siempre, aunque resultaba extraño verla en camisón. Se levantó para hacer una reverencia, sin dar muestras de gran debilidad. Algunos languidecían rápidamente, en tanto que otros se mantenían relativamente fuertes durante meses. La segunda fase, la del sueño, siempre duraba nueve días, y la fiebre tres. Después sobrevénía la muerte.

Esperaba que a Trina le quedasen meses para luchar contra la enfermedad. Vi las flores en la repisa de la chimenea. Eran anémonas, que, según se creía, ofrecían paz a los moribundos.

Trina se acostó de nuevo. Me dirigí hacia el asiento de la ventana, pero me quedé paralizada. Una araña estaba trepando por una de las patas de la cama de Trina.

—Addie me ha contado que... —dijo mi hermana.

—¡Meryl! —chillé, apuntando con el dedo. El corazón me latía con fuerza. Era de las peludas, las que más me asustaban. Me habría echado a correr, pero temía que me persiguiese.

Meryl se levantó de un salto.

—¿Qué sucede? —preguntó Trina, apoyándose en un codo.

—Ya la veo, Addie. No te preocupes, yo me ocuparé de ella. —Meryl se acercó a la cama a toda prisa y empujó la araña sobre su mano izquierda. Con la derecha dio vueltas a la manivela para abrir la ventana batiente. Aunque no alcanzaba a ver qué hacía, imaginé que estaba colocando la araña en la pared del castillo—. Ya está.

—¿Qué era eso? —inquirió Trina con suspicacia.

—Addie me ha contado que no te encuentras bien —dijo Meryl sin responder a su pregunta.

—Era una araña, ¿verdad, princesa Adelina? —preguntó Trina, mirándome directamente—. Todos saben que vos les tenéis miedo, con perdón.

Se me encendió el rostro mientras atravesaba el cuarto y me acomodaba en el asiento de la ventana. Seguro que todos me consideraban más cobarde aún que mi padre. Me volví hacia Milton, que tejía plácidamente y no alzó la vista.

—No había ninguna araña —dijo Meryl—. Es sólo un juego que nos hemos inventado la princesa Addie y yo.

—Era una araña —aseguró Trina, recostando la cabeza sobre la almohada.

—¿Qué enfermedad tienes, Trina? —inquirió Meryl—. ¿Te lo ha mencionado Milton?

Muy astuta. Yo jamás habría logrado abordar el tema tan rápidamente, y era todo un detalle que se lo preguntara a ella y no al propio Milton.

—Dice que tengo la Fiebre Gris, alteza, pero se equivoca. De ser así, me sentiría peor, ¿no?

—Supongo que sí. En ese caso no necesitas saber lo que la princesa Addie y yo hemos venido a decirte.

—¿Decirme qué, con perdón?

—Que la princesa Addie sabe cómo vencer la Fiebre Gris.

—Ya os lo he dicho, no tengo la Fiebre Gris. Mañana estaré mejor.

—Puedes estar mejor ahora si sigues el plan de la princesa Addie.

—No tengo la Fiebre Gris —repitió Trina, poniéndose de cara a la pared.

Meryl adoptó la misma expresión que aparecía en su rostro cuando *Veneno*, su caballo, se plantaba. En esas ocasiones recurría a las espuelas y al restallido del látigo. En el caso de Trina, no le quedó otro remedio que decir:

—Te ordeno que escuches el plan de la princesa Addie.

Trina se limitó a cambiar de posición la cabeza sobre la almohada.

—Esta almohada es demasiado dura —se quejó—. Debería tener una mejor, porque estoy enferma.

—Te conseguiré una mejor —se ofreció Milton, poniéndose en pie.

—Yo también me voy —anunció Meryl, levantándose de golpe.

—Yo me quedaré un rato más —dije. Meryl me había defraudado. Por otro lado, Trina no era su doncella, así que no le correspondía a Meryl salvarla.

Cuando se marcharon, me pasé a la silla de Milton y la arrimé a la cama. Intenté pensar en las palabras adecuadas.

—No esperéis que os entretenga, alteza.

—No —repliqué, sorprendida—. No esperaba eso. —Se me ocurrió una idea—. Anoche soñé con mi madre.

—La vieja reina —dijo Trina, sin volverse hacia mí y sin demostrar interés.

—Así es. —Me incliné hacia delante—. ¿Sabes qué me dijo?

No respondió.

—Dijo que echa de menos estar viva.

—Ser reina, eso es lo que echa de menos, alteza, con perdón.

—¿Y sabes qué más dijo?

No respondió.

—Dijo que se habría recuperado si hubiese luchado. Dijo: «Addie, la Fiebre Gris estaba ahí dentro, en mi pecho. Si la hubiese buscado, la habría encontrado».

Trina se dio la vuelta y me miró. Yo proseguí, animada:

—Dijo: «Podría haberla expulsado de mí».

Trina se humedeció los labios para seguir hablando. Yo aguardé, ansiosa.

—Sois bonita —dijo—. Siempre me lo habéis parecido. Frente amplia y lisa, ojos hermosos. Huesos finos. Sois bonita.

—Gracias. —¿Acaso no había oído una palabra de lo que le había dicho?

—Deberíais llevar ropa de colores más brillantes, con perdón.

Asentí con la cabeza. Me encantaba ver colores vivos en mis bordados y en la vestimenta de otras personas, pero no en la mía. Me concentré de nuevo en salvar a Trina.

—Mi madre habría querido seguir reinando a pesar de la enfermedad. Quizá tuve ese sueño para poder decirte que hicieras lo que la reina Daria quería.

Trina hizo un mohín.

—¿Seguir reinando?

Por unos instantes me pregunté atónita si la Fiebre Gris confería sentido del humor a la gente.

—No —contesté con una sonrisa—, tú debes seguir haciendo lo que haces siempre. No dejes que la enfermedad te lo impida.

—Lo que queréis es conservar a vuestra doncella, princesa Adelina, con perdón.

¡Lo que quería era que no muriese! Y deseaba demostrarle que era posible vencer la Fiebre Gris.

—No, quiero ayudarte a que te recuperes.

Milton entró portando dos almohadas. Alguien lo seguía... Era Rhys, nuestro aprendiz de brujo. Me levanté de un brinco. Mi silla salió disparada hacia atrás y se volcó. Turbada, me agaché para levantarla, pero Rhys se adelantó.